



EDITORIAL

El uso indiscriminado de las más bellas palabras ha producido en muchos casos la ocultación de sus verdaderos significados, les ha privado de su radicalidad original. Nos vemos incapaces de entender de qué hablamos, cuando lo hacemos con nobles conceptos devaluados ya para siempre. Algunos de ellos, los que parecían más sólidos ayer, nadie los pronuncia ahora sin rubor. Conviene volverse, pues, sobre los que aún perduran para recuperar sus mejores sonidos. Hablemos, pues de la paz.

Vindicar la **paz** o repudiar la **violencia** apenas significa nada en sí mismo. La realidad presente exige que, además, se de razón de qué paz se canta y que violencia se aborrece. Por qué motivos. De qué modos. En base a qué intenciones. Con qué testimonio. No es suficiente la mera declaración de principios, la "pose" al uso de un pacifismo infantil. Norman Mailer ha escrito recientemente comentando el de crédito de las vanguardias: "El liberalismo (vs. conservadurismo) se oponía a la guerra, la pobreza, el hambre, el sida, las drogas, la corrupción en las alturas, las cárceles abarrotadas, los recortes en el presupuesto, el sexismo, el racismo y la oposición a la liberación 'gay', pero no había tenido durante 25 años ni una sola idea para resolver ninguno de esos problemas."

Trascender la retórica e instalarse en el ámbito de lo propositivo en la teoría y en la vida, constituye el único sello de autenticidad que legitima el anuncio de cualquier valor. También de la paz.

Desde tales perspectivas se hace preciso realizar, en primer lugar, un esfuerzo permanente para negarse a reproducir tópicos ni suficientemente meditados, ni claramente encarnados. Resulta urgente, a continuación, afirmar el valor de la paz. Pero no de una pax con regusto a muerte, silenciosa como un cementerio, acomodaticia y egoísta. Tampoco una paz neutral, indiferente a todo dolor que no sea el propio. Bien al contrario, una paz gozosa y festiva al modo del **shalom** bíblico. Una paz que es salud y bienestar de las personas, armonía entre Dios y el pueblo, cese de toda violencia en la naturaleza. Una pax que, en tercera instancia, pueda reconocerse, aún con limitaciones, en la práctica cotidiana de aquellas personas y comunidades que la proclamaban.

La construcción de dicha paz es costosa. Requiere empeño, coraje para ganarle espacios a la violencia cruel. Por esta razón, como alguien ha dicho, "rechazamos el pacifismo que esconde una cobardía frente al sacrificio." Cuando en una sociedad individualista y opulenta, se canta la paz, a menudo se está reivindicando tan sólo el derecho a no ser molestado, en nombre de alguna variedad de egoísmo ilustrado. "¿Por qué no oírán a Gandhi, (escribe Mounier), gritarles: 'Arriesgaría mil veces la violencia antes que la mutilación de toda una raza? El amor es lucha, la vida es lucha contra la muerte, la vida espiritual es lucha contra la inercia material y el sueño vital. La persona toma conciencia de sí misma no en un éxtasis, sino en una lucha de fuerzas. La fuerza es uno de sus principales atributos. No la fuerza brutal del poderío de la agresividad, en que el hombre renuncia a sí mismo para imitar el choque material, sino la fuerza humana, a la vez interior y eficaz, espiritual y manifiesta.'"

Cuando, por el contrario, el pensamiento es débil, las convicciones tímidas y la voluntad encogida, la única paz que resulta designa, en realidad, el vacío que dejaron al marchar la vida, el compromiso y todo atisbo de ilusión.

Comencemos, pues, precisando los términos del debate. Para ello, **José Antonio Lobo** nos introduce en la necesaria distinción entre la violencia fatal, destructiva e invasora del otro, y la agresividad, pulsión positiva que empuja siempre hacia adelante y hacia arriba. De las siempre polémicas fronteras que separan una y otra, de su expresión legítima o no, escribe **Eduardo López Azpitarte**. Con sentido generoso de la auto-crítica y con voluntad propositiva, **Nicolau Barceló** presenta la realidad de los movimientos pacifistas en nuestro país. Por su parte, **Ana Rivas** rasga con crudeza los velos que ocultan realidades violentas e inhumanas en el mundo, abundantes todavía a las puertas ya del tercer milenio.

La sociedad presente, quebrantada y confusa por efectos de su propia ira, necesita de una acción restauradora, no-violenta pero sí decidida, en favor de la paz. Una paz comunitaria que supere el individualismo dominante, tocada de Trascendencia en su raíz y sólo completa cuando, como ocurre con la libertad, puedan de ella participar todos sin exclusión.

ACONTECIMIENTO